



Marco Provencio

Cuando la caída de los precios no es para celebrar

Después de impartir las primeras clases del semestre, un viejo maestro de Teoría Monetaria gustaba de analizar las capacidades analíticas y discursivas de sus alumnos haciéndoles un examen sorpresa con una sola pregunta. Esta decía, más o menos, lo siguiente: "Lo que el sexo es para el novelista, la inflación es para el economista; argumente". Eran las épocas en las que todavía se recordaba la frase de Roosevelt ("la inflación es peor que Stalin", aunque ello seguramente llevó a uno que otro alumno del profesor aquel a argumentar que definitivamente el sexo no lo era...), y en las que simplemente había demasiado dinero buscando insuficientes bienes y servicios.

Pero los tiempos han cambiado. Y de qué forma. La inflación al consumidor en Estados Unidos durante el reciente mes de noviembre cayó 1.7%, adicionalmente al 1% que había caído el mes previo. Se trata de la caída más grande de los precios en un solo mes desde que hay estadísticas mensuales. Y ya son 61 años de ello. La preocupación mundial por un escenario de deflación en el vecino del norte ha sido inmediata.

Más de uno se preguntará ¿y qué tiene de malo que caigan los precios? Todo lo contrario,

continuará argumentando el susodicho. Si la brújula de la política económica debe guiar siempre hacia todo aquello que favorezca al sacrosanto consumidor, pudiéndonos olvidar de todo lo demás en el camino, habría que celebrar la caída de los precios e ir "de shopping" con frecuencia a San Antonio, o si no a La Lagunilla. ¿O qué no todo mundo celebra cuando vienen las baratas posnavideñas?

El problema es que a las complejidades inherentes de la economía se le suma la de tener que explicar temas contra intuitivos, como el por qué una caída generalizada de los precios se considera dañina para el aparato productivo. La respuesta no es tan complicada como podría parecer.

Si los precios están cayendo de manera generalizada, ¿por qué comprar algo hoy que sabemos que va a estar más barato mañana? (Claro que lo mismo aplicaría para los desesperados de las compras navideñas de último momento, aunque aquí la comercialización hace, una vez más, que el consumidor no vea más allá de sus preocupaciones inmediatas). Y lo que sucede para el consumidor final no es distinto de lo que sucede a la industria: ¿por qué comprar hoy los componentes de los productos finales si costarán menos más adelante? La deflación viene aparejada de una debilidad en el consumo, pero ésta, en vez de traducirse en incrementos del ahorro y por ende de la inversión en nuevos proyectos, se



Continúa en siguiente hoja

queda encerrada en la trampa de liquidez ocasionada por un sistema financiero que pese a contar con tasas de interés pasivas por los suelos simplemente no está circulando el dinero, o sea presentándolo.

Vaya, entre las frases que se le atribuyen al resucitado Keynes está aquella de que los periodos prolongados de alzas moderadas en los precios son el lubricante necesario para el aparato productivo. La deflación, pues, es la pareja incómoda pero inevitable del estancamiento eco-

nómico. No se sabe de economía en el mundo que haya crecido y, por lo tanto, generado empleos, ingreso y bienestar con un nivel de precios a la baja. Por eso, aunque a mi tía Clea y a sus amigas les maraville esto de las baratas desalmadas con todo a mitad de precio y aún así más caro que el mes entrante, no es conveniente desear una deflación para Estados Unidos. Su impacto en nuestro sector exportador, independientemente de que nosotros estamos aún muy lejos de pensar en caídas generalizadas de precios para México, sería devastador.

Por cierto, la pregunta aquella del maestro que pedía relacionar el tema del sexo para el novelista con la inflación para el economista servía, entre otras cosas, para que muchos estudiantes de economía encontraran su verdadera vocación. Así, unos optaron por la literatura, otros por la psicología y otros más confirmaban que lo suyo lo suyo no era la economía, sino la farándula. Sería alguno de estos últimos el que de manera sucinta respondió algo así como que "lo único que se puede afirmar con total certeza es que tanto el sexo como la inflación están relacionados con crecientes tasas de interés". Con esto de la posible deflación en Estados Unidos, es de suponerse que las tasas de interés de cero no

significan pérdida alguna de relevancia o de apetito para con aquél. ■■

mp@proa.estructura.com.mx

**La deflación,
pues,
es la pareja
incómoda
pero
inevitable
del estanca-
miento
económico.
No se sabe
de economía
en el mundo
que haya
crecido y,
por lo tanto,
generado
empleos,
ingreso
y bienestar
con un nivel
de precios
a la baja**

